

Gobernador y de sus hermanos. Y como el Gobernador esta nueva supo, se fué por la posta al Cuzco, y con su presencia lo apaciguó todo, y perdonó á don Diego, que muy confuso estaba por lo que habia hecho sin tener título ni provision para ello, salvo que le dijeron solamente que le estaba concedido. Y allí de nuevo tornaron á firmar nueva concordia y compañía en esta manera: que don Diego de Almagro fuese á descubrir por la tierra hácia la parte del sur, y que si buena tierra hallase pediria la gobernacion á su majestad para él, y no la habiendo tal, partirian la gobernacion de don Francisco entre ambos; y después desto, juraron en la Hostia consagrada, de no ser el uno contra el otro. Y algunos dicen que Almagro juró de no tocar en el Cuzco ni en

ciento y treinta leguas adelante, aunque su majestad se lo diese en gobernacion, y que hablando con el Santo Sacramento, dijo así: «Plega á tí, Señor, que cuando este juramento quebrantare tú me confundas cuerpo y alma.» Y hecho esto, don Diego se aderezó y se fué su jornada con mas de quinientos hombres que le siguieron, y el Gobernador se volvió á la ciudad de los Reyes, y envió á Alonso de Albarado á conquistar la tierra de los Chachapoyas, que es á sesenta leguas de la ciudad de Trujillo, la sierra adentro; en la cual conquista pasó mucho trabajo él y los que con él fueron, hasta que poblaron y pacificaron aquella tierra, quedándole á él encomendada la gobernacion y justicia della.

### LIBRO TERCERO.

DE LA JORNADA QUE DON DIEGO DE ALMAGRO HIZO Á CHILI, Y DE LAS COSAS QUE EN ESTE MEDIO SUCEDIERON EN EL PERÚ, Y CÓMO LOS INDIOS SE ALZARON CON LA TIERRA.

#### CAPITULO PRIMERO.

De cómo don Diego de Almagro se partió para Chili.

Don Diego de Almagro se partió en descubrimiento de su conquista con quinientos y setenta hombres de pié y de caballo bien aderezados, y algunos vecinos dejaron sus casas y repartimientos de indios, y se fueron con él, con la gran suma de oro que en aquellas partes habia, y envió adelante á Juan de Sayavedra, natural de Sevilla, con cien hombres, que en la provincia que después llamaron los Charcas topó con ciertos indios que venian de Chili á dar la obediencia al Inga. Llevó consigo el Adelantado hasta docientos hombres de pié y de caballo, con que fué conquistando por espacio de docientas y cincuenta leguas, hasta la provincia de Chiloana, donde tuvo noticia que le seguian otros cincuenta españoles, y les escribió que se viniesen á él, trayendo por capitán á Noguero de Ulloa, y con todos fué conquistando hasta la provincia de Chili, que son otras trecientas y cincuenta leguas; y allí quedó con la mitad de la gente, y con la mitad envió á descubrir á Gomez de Albarado, el cual descubrió hasta sesenta leguas, y por las aguas del invierno se volvió á don Diego.

Cuando el Adelantado partió del Cuzco, Mango Inga dejó concertado con Villaoma, su hermano, que en un día señalado matasen á los cristianos que estaban en el Perú, y que él mataria á don Diego y á los suyos; lo cual no pudo efectuar, y el hermano hizo el levantamiento que adelante se dirá. Del real de don Diego se huyó aquel indio llamado don Felipe, que era lengua, porque sabia el trato, y don Diego envió tras él, y preso, le hizo descuartizar, y él confesó al tiempo de la muerte, que habia sido causa de la injusta muerte que se dió á Atabaliba, por gozar de su mujer. Habiendo dos meses que el Adelantado estaba en Chili, llegó allí un ca-

pitán suyo, llamado Ruy Díaz, con cien hombres desocorro, y certificó haberse rebelado todos los indios del Perú y haber muerto la mayor parte de los cristianos que allí habia; la cual nueva Almagro sintió mucho, y determinó volver sobre los indios y reducir la tierra al servicio de su majestad, para enviar (después de haberlo hecho) un capitán suyo con gente para poblar á Chili. Y así, se partió, y en el camino rescibió cartas de Rodrigo Orgoños, que venia en rastro suyo con veinte y cinco hombres. Y poco después le alcanzó Juan de Herada, que tambien venia en su socorro con cien hombres, y traia las provisiones reales por donde su majestad le hacia gobernador de docientas leguas mas adelante, acabados los límites del Marqués, llamando su gobernacion la Nueva-Toledo, porque la del Marqués se llamaba la Nueva-Castilla. Y aunque al principio deste capítulo se dice que don Diego llevó á este descubrimiento quinientos y setenta hombres, aquellos son los que se pensó que fueran; caso que en realidad de verdad no partieron mas de los docientos hombres y los otros socorros que después le vinieron, de que arriba se trata.

#### CAPITULO II.

De los trabajos que pasó don Diego de Almagro y su gente en el descubrimiento de Chili.

Grandes trabajos pasó don Diego de Almagro y su gente en la jornada de Chili, así de hambre y sed, como de reencuentros que tuvieron con los indios de muy crecidos cuerpos, que en algunas partes habian muy grandes flecheros y que andaban vestidos con cueros de lobos marinos; y sobre todo, les hizo gran daño el demasiado frio que pasaron en el camino, así del aire tan helado como después al pasar de unas sierras nevadas, donde acaesció á un capitán que iba tras don Diego

de Almagro, llamado Ruy Díaz, quedársele muchas personas y caballos helados, sin que bastasen ningunos vestidos ni armas á resistir la demasiada frialdad del aire, que los penetraba y helaba. Y era tan grande la frialdad de la tierra, que cuando dende á cinco meses don Diego volvió al Cuzco halló en muchas partes algunos de los que murieron á la ida en pié arrimados á algunas peñas, helados, con los caballos de rienda tambien helados, y tan frescos y sin corrupcion como si entonces acabaran de morir; y así, fué gran parte de la sustentacion de la gente que venia los caballos que topaban helados en el camino y los comian. Y en todos estos despoblados donde no habia nieve era grande la falta del agua, la cual suplieron con llevar cueros de ovejas llenos de agua; de tal manera, que cada oveja viva llevaba á cuestras el cuero de otra muerta, con agua; porque, entre otras propiedades que tienen estas ovejas del Perú, es una de llevar dos y tres arrobas de carga, como camellos, con quien tienen mucha semejanza en el talle, si no les faltase la jiba de los camellos; y tambien las han impuesto los españoles en que lleven una persona cabalgando cuatro y cinco leguas en un dia, y cuando se sienten cansadas y se echan en el suelo ningun medio hasta para levantarlas, aunque las hieran y ayuden, sino es quitándoles la carga; y cuando llevan alguno cabalgando, si se cansan y las apremian á andar, vuelven la cabeza al que va encima y le rucian con una cosa de muy mal olor, que parece ser de lo que traen en el buche. Es animal de gran fruto y provecho, porque tiene finísima lana, especialmente las que llaman pacos, que tienen las vedijas largas; son de poco mantenimiento, especialmente las que trabajan, y comen maíz, que se pasan cuatro y cinco dias sin beber. La carne dellas es tan saporosa y sana como los carneros muy gordos de Castilla. Y destas hay ya por toda la tierra carnicerías públicas, porque á los principios no eran menester, sino que, como cada español tenia ganado propio, en matando una oveja enviaban los vecinos por lo que habian menester á su casa, y así se proveian á veces. En cierta parte de Chili, en unos campos rasos, hay avestruces que para las matar se ponian los de caballo en postas, corriendo tras ellas los unos hasta donde estaban los otros, porque de otra manera no las podia alcanzar un caballo, segun vuelan á pié, saltando á trancos, casi sin levantar del suelo. Tambien hay por aquella costa muchos rios que corren de dia, y de noche no traen gota de agua; lo cual causa gran admiracion á los que no entienden que aquello procede de que se derrite de dia la nieve de las sierras con el calor del sol, y entonces corre el agua, lo cual de noche, con la frialdad, se reprime y no corre. Y pasadas quinientas leguas por luengo de costa, que son treinta grados de aquel cabo de la línea Equinocial hácia la parte del sur, llueve y ventan todos los vientos que en España y otras partes de oriente. Es toda aquella tierra de Chili bien poblada y algo doblada, tanto rasa como montuosa; y aunque por los golfos y ancones que la mar hace la tierra se corre por diversos rumbos y viajes, pero la mar por luengo de costa se considera norte sur, que es de mediodía á septentrion, desde la ciudad de los Reyes hasta en cuarenta grados, y es

tierra muy templada, y hay en ella invierno y verano, aunque en los tiempos contrarios de Castilla. El norte que allí parecia que debe corresponder á nuestro norte, no se parece en aquella tierra ni se conoce mas de por una sola nube chica y blanca que entre noche y dia da una vuelta á aquel lugar, donde verisimilmente se cree que está aquel norte que los astrólogos llaman polo Antártico. Y asimismo se parece un crucero con otras tres estrellas que tras él andan, que por todas son siete, á la manera de las siete estrellas que rodean nuestro norte, que los astrólogos llaman Trion, y están puestas al compás de las nuestras, sin diferir mas de que las cuatro que hácia el mediodía hacen cruz están mas juntas allí que en nuestro polo. El nuestro norte se pierde de vista de todo punto poco menos de docientas leguas de Panamá, llegóndole debajo la línea, y entonces se ven desde allí estos dos triones ó guardas del norte cuando están mas altas sobre las cabezas de los mismos nortes, aunque por grande espacio del polo Antártico no se parecen mas de las cuatro estrellas que hacen el crucero por el cual se gobiernan los mareantes; y después, metiéndose de treinta grados para arriba, vienen á descubrir todas siete. En esta tierra de Chili hace diferencia el dia de la noche y la noche del dia, segun el tiempo, que es por la órden que en Castilla, aunque trocados los tiempos, como está dicho. En tierra del Perú y en la provincia de Tierra-Firme y en todas las tierras vecinas á la línea Equinocial la noche es igual con el dia todo el año, y si algun tiempo cresce ó mengua en la ciudad de los Reyes, no es distancia que se eche de ver notablemente. Los indios de Chili visten como los del Perú, son hombres y mujeres de buenos gestos, y comen las viandas que en el Perú; y adelante de Chili, en treinta y ocho grados de la línea, hay dos grandes señores que traen guerra el uno contra el otro, y cada uno saca en campo docientos mil hombres de guerra; el uno dellos se llama Leuchengorma, que tiene una isla dos leguas de la Tierra-Firme dedicada á sus ídolos, donde hay un gran templo que lo sirven dos mil sacerdotes. Y los indios deste Leuchengorma dijeron á los españoles que cincuenta leguas mas adelante hay entre dos rios una gran provincia toda poblada de mujeres, que no consienten hombres consigo mas del tiempo conveniente á la generacion; y si paren hijos los envian á sus padres, y si hijas, las crian. Están sujetas á este Leuchengorma; la reina dellas se llama Gaboimilla, que en su lengua quiere decir cielo de oro, porque en aquella tierra diz que se cria gran cantidad de oro; y hacen muy rica ropa, y de todo pagan tributo á Leuchengorma. Y aunque muchas veces se ha tenido muy cierta noticia de todo esto, nunca ha habido aparojo de poderlo ir á descubrir, por no haber querido poblar don Diego de Almagro, y porque don Pedro de Valdivia, que después fué enviado á poblar esta tierra, nunca tuvo tanto número de gente con que pudiese ir á descubrir y dejar poblados los pueblos que tiene hechos. La poblacion deste capitán está treinta y tres grados de aquel cabo de la línea hácia el sur; y de ser toda la costa bien poblada hasta mas de cuarenta grados de costa dió noticia un navío del armada que envió don Gutierrez de Carvajal, obispo de Plasencia, que embocó por el es-

trecho de Magallanes, y desde allí vino costeano la tierra lúcia el norte, hasta llegar al puerto de la ciudad de los Reyes. En este navío fueron los primeros ratones que en el Perú hubo, porque antes no los había, y después acá han acudido en gran número por todas las ciudades del Perú; créese que yendo las crias entre cajas ó fardes de mercaderías que van de unas partes á otras; y así, los llaman los indios ococha, que quiere decir cosa salida de la mar.

## CAPITULO III.

De la vuelta de Hernando Pizarro al Perú, y de los despachos que llevó, y del alzamiento de los indios.

Después que don Diego de Almagro partió del Cuzco, vino de Castilla Hernando Pizarro, á quien su majestad habia dado el hábito de Santiago y hecho otras mercedes, y trajo prorogacion por ciertas leguas en la gobernacion de don Francisco Pizarro, su hermano, y la provision que hemos dicho para la nueva gobernacion de don Diego de Almagro. Y en este tiempo Mango inga, señor del Perú, estaba preso en la fortaleza del Cuzco por los conciertos que arriba tenemos dicho, que hizo con Paulo inga y con Villaoma, su hermano, de matar los cristianos; escribió á Juan Pizarro rogándole lo mandase soltar, porque Hernando Pizarro no lo hallase preso; y Juan Pizarro, que en el collado andaba conquistando un peñol de indios, lo mandó soltar. Pues llegado Hernando Pizarro al Cuzco, tomó gran amistad con el Inga y le trataba muy bien, aunque siempre le hacia guardar. Creyóse que esta amistad era á fin de pedirle algun oro para su majestad ó para sí mismo. Y dende á dos meses que llegó al Cuzco, el Inga le pidió licencia para ir á la tierra de Yucaya á celebrar cierta fiesta, prometiéndole traer de allá una estatua de oro macizo, que era al natural de su padre Guaynacaba. Y ido allá, dió conclusion en el camino á lo que concertado tenia desde que don Diego partió para Chili; y desde allí hizo luego matar á algunos mineros y gente de servicio que andaban por el campo en las estancias y minas; y envió de sobresalto un capitán con mucha gente que se apoderó de la fortaleza del Cuzco, de manera que en seis días los españoles no se la pudieron tornar á ganar; y en la toma della mataron á Juan Pizarro una noche, de una pedrada que le dieron en la cabeza; porque, á causa de otra herida que antes tenia, no se habia podido poner la celada; la cual muerte fué gran pérdida en la tierra, porque era Juan Pizarro muy valiente y experimentado en las guerras de los indios, y bienquisto y amado de todos. Y así, vino el Inga con todo su poder sobre el Cuzco y la tuvo cercada mas de ocho meses, y cada lleno de luna la combatia por muchas partes, aunque Hernando Pizarro y sus hermanos la defendian valientemente con otros muchos caballeros y capitanes que dentro estaban, especialmente Gabriel de Rójas y Hernan Ponce de Leon, y don Alfonso Enriquez y el tesorero Riquelme, y otros muchos que allí habia, sin quitar las armas de noche ni de dia, como hombres que tenian por cierto que ya el Gobernador y todos los otros españoles eran muertos de los indios, que tenian noticia que en todas las partes de la tierra se habian alzado. Y así, peleaban y se defendian como hombres

que no tenian mas esperanza de socorro sino en Dios y en el de sus propias fuerzas, aunque cada dia los disminuian los indios, hiriendo y matando en ellos. Y durante esta guerra y cerco Gonzalo Pizarro salió con veinte de caballo á correr la tierra hasta la laguna de Chinchero, que es á cinco leguas del Cuzco; donde tanta gente vino sobre él, que, por mucho que peleó, ya los indios le traian casi rendido, si Hernando Pizarro y Alonso de Toro no lo socorrieran con alguna gente de caballo, porque él se habia metido mas adentro en los enemigos de lo que convenia, segun la poca gente que llevaba, con mas ánimo que prudencia.

## CAPITULO IV.

De cómo vino don Diego de Almagro sobre el Cuzco y prendió á Hernando Pizarro.

Ya dijimos arriba cómo, después que Juan de Herra-da llevó á Chili la provision que su majestad dió para que don Diego de Almagro fuese gobernador pasada la gobernacion de don Francisco Pizarro, se determinó de volver al Perú y apoderarse de la ciudad del Cuzco; para lo cual le daban gran priesa los caballeros principales que con él andaban, especialmente Gomez de Albarado, hermano del adelantado don Pedro de Albarado, y su tío Diego de Albarado y Rodrigo Orgoños, los unos con codicia de poseer los repartimientos de la tierra del Cuzco, y los otros por ambición de quedar solos en la gobernacion de Chili. Y así, para salir con su intento trataban con las lenguas que dijese cómo el gobernador Pizarro y los demás españoles que en el Perú quedaron habian sido muertos por los indios que se habian rebelado; porque ya la noticia del alzamiento de los indios habia llegado á aquellas partes. Pues con la instancia que toda esta gente hizo á don Diego, se volvió; y cuando llegó á seis leguas del Cuzco, sin hacer saber nada á Hernando Pizarro, se carteo con el Inga, prometiéndole de perdonarle todo lo que habia hecho si fuese su amigo y le favoreciese, porque aquella tierra del Cuzco era de su gobernacion, y que volvía á apoderarse della. Y el Inga cautelosamente le envió á decir que se fuese á ver con él; lo cual don Diego hizo, no recelándose de engaño ninguno, dejando alguna parte de su gente con Juan de Sayavedra, y llevando él toda la demás. Mas cuando el Inga vió su tiempo, dió sobre don Diego con tanta furia, que le hizo mucho daño. Y entre tanto, habiendo sabido Hernando Pizarro la venida de don Diego de Almagro, y cómo Juan de Sayavedra quedaba en el pueblo de Hurecos con la gente, salió del Cuzco con ciento y setenta hombres á punto de guerra; de lo cual siendo avisado Juan de Sayavedra, aperció su campo, que era de treientos españoles, y alojólos en un sitio fuerte. Y llegado Hernando Pizarro, envió á rogar á Juan de Sayavedra que se viesen solos, para tratar de medios en los negocios. Juan de Sayavedra aceptó las vistas, en las cuales se dijo que Hernando Pizarro habia ofrescido á Juan de Sayavedra mucha cantidad de pesos de oro porque le entregase la gente; lo cual Juan de Sayavedra no aceptó, ni era de creer que aceptara, por ser caballero de muy buena casta, de quien no se podia esperar que haria cosa que no debiese, aunque, por ser estas cosas que pasaron en secreto,

no se puede afirmar la certidumbre dellas mas de lo que las partes dijeron y el vulgo sospechaba, y algunos indios en que se fundaban. Don Diego de Almagro volvió del reencuentro que arriba está dicho que tuvo con el Inga, y juntando su gente con la de Juan de Sayavedra, se vino la vuelta del Cuzco, y en el camino hizo prender cuatro hombres de caballo con una emboscada que les echó, porque tuvo aviso que se los enviaban por espías, y dellos supo muy por extenso todo lo que habia pasado en la tierra con el levantamiento de los indios, los cuales habian muerto mas de seiscientos españoles y quemado gran parte de la ciudad del Cuzco, de lo cual mostró gran sentimiento; y luego envió á requerir al cabildo del Cuzco con las provisiones reales, para que le rescibiesen por gobernador de aquella ciudad, por ser acabados mucho antes della los límites de la gobernacion del Marqués. Oida por los del cabildo esta embajada, le respondieron que hiciese medir el término de la gobernacion del Marqués, y que constando que aquella ciudad caia fuera della, le rescibirian por su gobernador. La cual averiguacion, ni entonces ni después se hizo caso, que se juntaron á medir la tierra hombres diestros en ello; pero nunca se conformaron en la forma de la medida, porque unos decian que se habian de medir las leguas que estaban señaladas para la gobernacion de don Francisco por la costa de la mar, segun iban haciendo ancones y caletas, ó por el camino real con todos sus rodeos, porque en cualquiera destas dos maneras la gobernacion del Marqués se acababa, no solamente antes del Cuzco, mas (segun algunos) aun antes de los Reyes. El Marqués pretendia que sus leguas se habian de medir por el aire, echando la cuerda derechamente sin ningun rodeo ni torcedura, ó por la línea superior del cielo, midiendo la graduacion por la altura del sol y dando tantas leguas á cada grado.

Pues tornando á la historia, Hernando Pizarro envió á decir á don Diego que él le haria desembarazar cierta parte de la ciudad donde se aposentase él y su gente seguramente, entretanto que enviaban relacion de lo que pasaba á don Francisco Pizarro, que estaba en la ciudad de los Reyes, para que se diese algun medio entre ellos, pues eran amigos y compañeros. Y algunos dicen que para tratar desto se pusieron treguas, debajo de las cuales teniéndose por seguro Hernando Pizarro, hizo á todos los vecinos y gente de guerra que se fuesen á reposar á sus casas, porque muy cansados estaban de andar armados dias y noches, sin dormir ni reposar un punto. Y como don Diego desto fué avisado, con la escuridad de la noche, especialmente por un gran nublado que sobrevino, dió asalto en la ciudad. Mas cuando Hernando y Gonzalo Pizarro sintieron el ruido se armaron á gran priesa, y como fué su casa la primera sobre que dieron, con sus criados se defendieron fuertemente, hasta que por todas partes les pusieron fuego y los prendieron. Y luego otro dia don Diego hizo que el cabildo le rescibiese por gobernador, y echó en prisiones á Hernando Pizarro y á su hermano, y aunque muchos le aconsejaron que los matase, no lo quiso hacer, por lo mucho que se lo defendió y le aseguró dellos Diego de Albarado. Y túvose por cierto que á don Diego de

Almagro dieron ocasion de quebrantar las treguas ciertos indios y aun españoles que le trajeron nuevas que Hernando Pizarro mandaba quebrar las puentes y se fortalecia en el Cuzco; lo cual pareció claro, porque cuando él entraba en la ciudad dijo á grandes voces: «¡Oh, cómo me habeis engañado; qué sanas hallo todas las puentes!» De todas estas cosas ninguna sabia el Gobernador por entonces, ni lo supo de ahí á muchos dias, como adelante se dirá. Don Diego de Almagro hizo inga y dió la borla del imperio á Paulo, porque su hermano Mango inga, visto lo que habia hecho, se fué huyendo con mucha gente de guerra á unas muy ásperas montañas que llaman los Andes.

## CAPITULO V.

De cómo mataron los indios muchos socorros que el Gobernador envió á sus hermanos al Cuzco.

Entre otras cosas que el gobernador don Francisco Pizarro envió á suplicar á su majestad, en remuneracion de los servicios que habia hecho en la conquista del Perú, fué una que le diese veinte mil indios perpetuos para él y sus descendientes en una provincia que llaman los Atabillos, con sus rentas y tributos y jurisdiccion, y con título de marqués dellos. Su majestad le hizo merced de darle el título de marqués de aquella provincia, y en cuanto á los indios, le respondió que se informaria de la calidad de la tierra, y el daño ó perjuicio que se podia seguir de dárselos, y le haria toda la merced que buenamente hubiese lugar. Y así, desde entonces en aquella carta le intituló marqués y mandó que se lo llamasen de ahí adelante, como se lo llamó, y por este dictado le intitularemos de aquí adelante en esta historia. Pues entendida por el Marqués la rebelion de los indios por lengua dellos mismos, no pensando que á tanto riesgo hubiese llegado, comenzó á enviar socorro de gente á Hernando Pizarro al Cuzco, poco á poco, como se iba juntando, un dia diez y otro quince, y así dende en adelante, segun la posibilidad se ofrescia. Y entendido los indios que habia de hacerse este socorro, proveyeron de mucha gente de guerra en los pasos angostos y peligrosos del camino, para estorbar la jornada á los que fuesen; y así, todos cuantos el Marqués envió en diversas veces los desbarataron y mataron los indios; lo cual no hicieron si aguardara á enviarlos todos juntos. Y habiendo ido á visitar las ciudades de Trujillo y San Miguel, envió á un Diego Pizarro con setenta de caballo para este socorro, los cuales todos mataron los indios en un muy áspero paso que se llama la cuesta de Parcos, que es cincuenta leguas del Cuzco, y lo mismo hicieron á un cuñado suyo, llamado Gonzalo de Tapia, que después envió con ochenta hombres de caballo. Y tambien desbarataron al capitán Morgovejo y al capitán Gaete, con la gente que llevaron en diversos dias, sin que de toda su gente se escapase casi ninguno, y sin que los que lo seguian supiesen el desbarate los que iban adelante; teniendo tal forma, que los dejaban entrar en un valle muy hondo y angosto, y tomándoles la entrada y la salida con gran cantidad de indios, eran tantas las piedras y galgas que les echaban desde las cuestas, que casi sin venir á manos los mataban todos; y á toda esta gente, que fueron mas de treientos

hombres de caballo, les tomaron gran cantidad de joyas y armas y ropas de seda. Y viendo el Marqués que no respondía ninguno destes socorros, envió á Francisco de Godoy, natural de Cáceres, con cuarenta y cinco de caballo, y topando á solos dos hombres de los de Gaete, que se habian escapado, y habiendo sabido de ellos lo que pasaba, se volvió á gran priesa, aunque ya le tenían tomados los pasos por donde habian entrado. Y le siguieron los indios mas de veinte leguas, dándole grande guerra por delante y por la retaguardia, que no le dejaban caminar sino de noche; y así llegó á la ciudad de los Reyes, donde tambien vino el capitán Diego de Agüero con cierta gente que se habian escapado á uña de caballo, porque en sus mismos pueblos los indios los habian querido matar. Y porque tuvo nueva el Marqués que tras Diego de Agüero venia gran copia de indios de guerra, envió á un Pedro de Lerma con mas de setenta de caballo y con muchos indios amigos, que salieron al reencuentro á la gente del Inga, con los cuales pelearon gran parte del día, hasta que en un peñol los indios se hicieron fuertes y los españoles los cercaron por todas partes, y aquel día quebraron los dientes al capitán Lerma y hirieron otros muchos españoles, aunque no mataron mas de uno de caballo. Y los cristianos los pusieron en tal aprieto, que si el Marqués no los mandara recoger, aquel día se diera fin á la guerra, porque los indios estaban muy apretados en aquella pequeña sierra, y no tenían lugar de pelear. Y así, cuando los españoles se retrajeron, dieron muchas gracias al Señor porque los habia escapado, haciéndole oración y sacrificio. Y levantando de allí el real, se fueron á poner sobre una alta sierra que está junto á la ciudad de los Reyes, el río en medio, peleando á la continua con los españoles. El caudillo destes indios era un señor llamado Tizoyopangui, y con aquel hermano del Inga que el Marqués envió con Gaete. En esta guerra que los indios dieron en la ciudad de los Reyes acaesió que muchos indios, criados de los españoles, que llamaban yanaconas, iban de día á ganar sueldo de los indios, y de noche venian á cenar y dormir con sus señores.

## CAPITULO VI.

De cómo el Marqués envió á pedir socorro á diversas partes, y cómo el capitán Alonso de Albarado le fué á socorrer.

Viendo el Marqués tanta multitud de indios sobre la ciudad de los Reyes, tuvo por cierto que Hernando Pizarro y todos los del Cuzco eran muertos, y que habia sido tan general este levantamiento, que habrian en Chili desbaratado á don Diego y á los que con él iban. Y porque los indios no pensasen que por temor detenia los navíos para huir en ellos, y tambien porque los españoles no tuviesen alguna confianza en poderse salir de la tierra por la mar, y por esto peleasen menos animosamente de lo que debian, envió á Panamá los navíos, y de camino envió al visorey de la Nueva-España y á todos los gobernadores de las Indias, pidiéndoles socorro y dándoles á entender el grande aprieto en que quedaba, significándolo con palabras de no tanto ánimo como solia mostrar en otras cosas; las cuales él puso por persuasión de algunas personas de poco corazón, que se lo aconsejaron. Y asimismo envió á mandar

á su teniente de Trujillo que despoblase la ciudad, y que en un navío que para ello les envió embarcasen sus mujeres é hijos y haciendas, y los enviase á Tierra-Firme, y ellos se viniesen con sus armas y caballos solamente á la ayudar; porque él tenía por cierto que tambien habian de acudir los indios sobre ellos y no estaba en tiempo de los poder socorrer; y así, era mejor que todos se hiciesen un cuerpo, aunque mandó que la venida fuese secreta; creyendo que, no sabiéndola los indios, por ir sobre ellos se dividirían, y ellos así, lo hicieron, aunque, estando para se partir, les llegó el capitán Alonso de Albarado, con toda la gente que traía en el descubrimiento de los Chachapoyas, porque el Marqués les habia enviado á mandar que, dejada la conquista, los viniese á socorrer. Y así, poniendo alguna gente de guerra de la que traía en defensa de la ciudad de Trujillo, él con lo restante se fué á la ciudad de los Reyes en socorro del Marqués. Y como llegó, le hizo su capitán general, en lugar de Pedro de Lerma, que hasta entonces lo habia sido; por el cual desabrimento Pedro de Lerma hizo el motin que adelante se dirá. Y así, viéndose el Marqués con pujanza de gente, le pareció socorrer á lo mas peligroso, y envió al capitán Alonso de Albarado con trecientos españoles de pié y de caballo, que fué talando y conquistando la tierra. Y á cuatro leguas de la ciudad de Pachacamá tuvo una recia batalla con los indios, los cuales desbarató, y mató muchos dellos, y prosiguió su camino la via del Cuzco. Y adelante, al pasar de un despoblado, padesció gran trabajo, porque se le murieron mas de quinientos indios de servicio, de sed; y si los de caballo no corrieran, y con vasijas llenas de agua volvieran á socorrer los de á pié, creése que todos perecieran, segun estaban fatigados. Y yendo así conquistando, le alcanzó en la provincia de Jauja Gomez de Tordoya, natural de Villanueva de Barcarota, con otros docientos hombres de pié y de caballo que tras él envió. Y con todos quinientos hombres Alonso de Albarado caminó hasta la puente de Lumichaca, donde los cercaron los indios por todas partes, y hubo con ellos batalla, en que los venció, y mató muchos dellos, y de ahí adelante siempre fueron peleando con él hasta la puente de Abancay, donde fué certificado de la prision de Hernando y Gonzalo Pizarro, y de todo lo mas que en el Cuzco habia pasado, y propuso no pasar adelante hasta tener mandado de lo que habia de hacer. Y como don Diego de Almagro supo la venida de Alonso de Albarado, envió á Diego de Albarado con otros siete ó ocho caballeros á notificarles sus provisiones; los cuales en llegando, Alonso de Albarado prendió, y respondió que enviase á notificar aquellas provisiones al Marqués, porque él no era parte para tratar de aquel negocio. Y como don Diego vió que sus mensajeros no volvian, temiendo que Alonso de Albarado por otro camino se iría á entrar en el Cuzco, se volvió á gran priesa, porque ya habia salido tres leguas de la ciudad, y desde á quince días sacó su gente sobre Alonso de Albarado, porque supo que Pedro de Lerma tenia ordenado un motin para pasárselo con mas de ochenta hombres. Y cuando don Diego llegó cerca de Alonso de Albarado, sus corredores prendieron á Pedro Alvarez Holguin, que adelante iba descubriendo el

campo, con una celada que le echó. Y sabiendo Alonso de Albarado la prision, quiso él tambien prender á Pedro de Lerma por la sospecha que dél ya tenia; el cual se le huyó aquella noche, llevando las firmas de todos aquellos con quien dejaba hecho concierto. Y don Diego una noche llegó á la puente, porque supo que Gomez de Tordoya y un hijo del coronel Villalba le estaban aguardando, y mucha parte de su gente envió por el vado, donde supo que los conjurados con Pedro de Lerma guardaban el paso; los cuales se le dieron, y aun los animaban para que pasasen sin miedo, y se supo cómo algunos destes conjurados habian hecho el trato de tan buena gana, que, haciendo la guardia aquella noche, hurtaron mas de cincuenta lanzas á los de Alonso de Albarado y las echaron por el río abajo. Pues cuando Alonso de Albarado quiso acometer, faltáronle los del motin y otra mucha gente de su ejército que por buscar sus lanzas no acudieron; y así, muy fácilmente don Diego los desbarató, sin muerte de españoles; y allí quebraron los dientes con una pedrada á Rodrigo Orgoños. Y después de saqueado el real y preso Alonso de Albarado, se volvió al Cuzco, haciendo algunos malos tratamientos á los vencidos y quedando tan soberbios, que decian que no habia de quedar en todo el Perú pizarra en que tropezar, y que el Marqués y sus hermanos se habian de ir á gobernar á los manglares, bajo de la línea Equinocial.

## CAPITULO VII.

De cómo el Marqués iba en socorro de sus hermanos al Cuzco, y sabido el vencimiento de Alonso de Albarado, se volvió á los Reyes.

Con las victorias que Alonso de Albarado hubo de los indios yendo camino del Cuzco, así en Pachacamá como en Lumichaca (segun arriba está dicho), el Inga y Tizoyopangui tuvieron por bien alzar el real de sobre la ciudad de los Reyes. Y viéndose el Marqués libre y con mucha gente, se partió para el Cuzco en socorro de sus hermanos, llevando consigo mas de setecientos hombres de pié y de caballo; el cual socorro él pensaba que hacia contra los indios, porque ninguna cosa sabia de la vuelta de don Diego de Almagro ni de lo que dello habia resultado; y mucha parte desta gente le habia enviado don Alonso de Fuen-Mayor, arzobispo y presidente de la isla de Santo Domingo, con Diego de Fuen-Mayor, su hermano, y el licenciado Gaspar de Espinosa habia traído alguna parte della desde Panamá; y asimismo un Diego de Ayala (á quien el Marqués envió á Nicaragua) habia acudido con cierto socorro. Y yendo el Marqués con este ejército por el camino de los llanos, en la provincia de la Nasca, á veinte y cinco leguas de los Reyes, le vinieron nuevas de la vuelta de don Diego y de todas las otras particularidades que después della habian sucedido (segun arriba se ha contactado), lo cual sintió con el pesar que era razon; y pareciéndole que su gente iba aderezada, como quien habia de pelear con indios, determinó volverse á la ciudad de los Reyes y proveerse como contra españoles; y así lo hizo, enviando al Cuzco al licenciado Espinosa para que diese algun corte entre él y don Diego, atrayéndole á ello; con que si su majestad sabia lo que ha-

bia pasado, y que ellos no estaban conformes, enviaria otro en lugar de ambos, que gozase lo que ellos habian ganado con tanto trabajo; y que cuando otra cosa no pudiese, acabase con don Diego que soltase sus hermanos y él se estuviese en el Cuzco sin bajar de allí abajo, hasta que consultado, su majestad proveyese y mandase lo que cada uno dellos habia de gobernar. Y con esta embajada fué el licenciado Espinosa, aunque ningun medió pudo tomar, y sin concluir el negocio falló. Y don Diego bajó con su gente á los llanos, dejando en el Cuzco por su teniente al capitán Gabriel de Rojas, y presos en su poder á Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado, y llevando consigo preso á Hernando Pizarro; y así continuó su camino hasta la provincia de Clincha, que es veinte leguas de los Reyes, y allí hizo un pueblo en lugar de posesion de gobernador.

## CAPITULO VIII.

De cómo el Marqués hizo gente y se soltaron de la prision Alonso de Albarado y Gonzalo Pizarro, y de lo que pasó con ellos.

Como el Marqués llegó á la ciudad de los Reyes, luego hizo tocar atambores y dió paga á la gente y engrosó su ejército, con título de defenderse de don Diego, que decia venirle ocupando su gobernacion; y en pocos dias juntó mas de setecientos hombres de pié y de caballo, y entre ellos muchos arcabuceros; porque en la compañía de Diego de Fuen-Mayor habia venido un capitán Pedro de Vergara (á quien arriba tenemos dicho que se encomendó el descubrimiento de los Bracamoros), el cual traía de Flándes, donde era casado, gran copia de arcabuces y de toda la municion dellos; porque hasta entonces no habia tantos en el Perú que se pudiese juntar compañía ni número cierto de arcabuceros. Y á este Vergara y á Nuño de Castro nombró el Marqués por capitanes de arcabuceros, y á Diego de Urbina, natural de Orduña, sobrino del maestre de campo Juan de Urbina, nombró por capitán de piqueros, y de gente de caballo á Diego de Rojas y á Peranzúres y Alonso de Mercadillo, y hizo maestre de campo á Pedro de Valdivia, y sargento mayor á Antonio de Villalva, hijo del coronel Villalva. En este tiempo Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado (que, como dijimos, quedaron presos en el Cuzco) se soltaron, y se vinieron con mas de setenta hombres al Marqués, habiendo prendido á Gabriel de Rojas, teniente de don Diego. Con su venida holgó mucho el Marqués, así por verlos fuera de peligro como porque con ellos tomó grande ánimo toda la gente; y luego hizo á Gonzalo Pizarro capitán general y Alonso de Albarado capitán de gente de á caballo. Y como don Diego supo la sultura de los presos y la gran pujanza de gente que el Marqués tenia, determinó tomar algun partido con él, y aun de moverle él por su parte, enviando á ello con su poder á don Alonso Enriquez y al factor Diego Nuñez de Mercado y al contador Juan de Guzman, para que se viese con don Diego. Y después de haber pasado entre ellos grandes tratos, el Marqués lo dejó todo por via de compromiso en manos de fray Francisco de Bobadilla, provincial en aquellas partes de la orden de la Merced, y lo mismo hizo don Diego. Y fray Francisco, usando de su poder, dió entre ellos sentencia, por la cual mandó que ante todas cosas fuese